

IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2012.

El malestar en la civilización del goce. Una reflexión entre la filosofía y el psicoanálisis.

Boso, Jorge Fabio y Ramírez, Cristina Paula.

Cita:

Boso, Jorge Fabio y Ramírez, Cristina Paula (2012). *El malestar en la civilización del goce. Una reflexión entre la filosofía y el psicoanálisis*. IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-072/102>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/emcu/0Sb>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL MALESTAR EN LA CIVILIZACIÓN DEL GOCE. UNA REFLEXIÓN ENTRE LA FILOSOFÍA Y EL PSICOANÁLISIS

Boso, Jorge Fabio; Ramírez, Cristina Paula

Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de San Luis. Argentina

Resumen

En la línea de indagaciones precedentes, continuamos profundizando acerca de ciertas especificidades de la subjetividad de nuestra época. Mediante el uso de algunos conceptos filosóficos procedentes de la ontología de la existencia y de otros desarrollos recientes en el Psicoanálisis, procuramos establecer una distinción entre “cultura” y “civilización”. Distinción que nos permite realizar una lectura del texto *El malestar en la cultura* (1930).

Afirmamos que en la civilización actual las modalidades de goce sobredimensionan el propio cuerpo como objeto de valor; o el goce aparece bajo las formas de búsqueda de satisfacción inmediata en relación a objetos de consumo que prometen satisfacernos, quedando la relación con los otros mediatizada por ellos. La economía del goce queda regulada en la medida que se produce la descarga a nivel del cuerpo con escasa o muy poca posibilidad de simbolización o mediación por la palabra, al punto que en el contexto de la civilización “nuestra cultura se ha quedado sin palabras”.

Tal contingencia pone en relieve el malestar como causa inherente a la existencia. Por lo que puntualizamos el desafío del psicoanálisis de sostener la dimensión fundante de la imposibilidad, poniendo en juego la lógica del “no todo” para hacer lugar al advenimiento del sujeto en tales condiciones.

Palabras Clave

Malestar, Cultura, Civilización, Goce

Abstract

DISCONTENT IN THE CIVILIZATION OF JOUISSANCE. CONSIDERATIONS BETWEEN PHILOSOPHY AND PSYCHOANALYSIS

In line with previous investigations, we continue studying in greater depth specific aspects of subjectivity in our time which challenge the practice of psychoanalysis. Using some philosophical concepts from the ontology of existence and other recent developments in psychoanalysis, we try to distinguish between “culture” and “civilization”. This distinction allows us to read the text *Civilization and its discontents* (1930) in the light of another interpretative key for present problems.

We state that jouissance modalities overestimate one’s own body as an object of value in today’s civilization; or that jouissance appears under forms seeking immediate gratification in relation to consumer goods that promise to satisfy our needs, causing the relationship with others to be influenced by those goods. The economy of the jouissance is regulated insofar as a discharge occurs at body level, with little or very little chance of symbolization, or mediation by the

word, so much so that, in the context of civilization, “our culture has run out of words”.

Such a possibility emphasizes discontent as a natural result of existence. For this reason, we highlight the challenge of psychoanalysis to sustain the foundational dimension of impossibility, jeopardizing the logic of “not everything” to make way for the advent of the subject under such conditions.

Key Words

Discontent, Culture, Civilization, Jouissance

I.

En la línea de indagaciones precedentes[i], en este trabajo continuamos profundizando acerca de ciertas especificidades de la subjetividad de nuestra época que interpelan la práctica del psicoanálisis. Mediante el uso de algunos conceptos filosóficos procedentes de la ontología de la existencia y de otros desarrollos recientes producidos en el campo del psicoanálisis, procuramos establecer una distinción entre “cultura” y “civilización”. Distinción que nos permite realizar una lectura del texto *El malestar en la cultura* (1930) sostenida en el marco de los interrogantes acerca de la subjetividad actual.

II.

En primer lugar, hay que recordar que el título que Freud había elegido inicialmente para su obra no era “malestar” (*Unbehagen*) sino “infelicidad” (*Unglück*). Sin embargo, poco después reemplazó este último término por el primero. Consideramos que, lejos de ser meramente semántica, tal opción terminológica no es indiferente, ya que tiene consecuencias prácticas precisas.

Es sabido que la búsqueda de la felicidad se constituyó, a través de la historia humana, en un ideal irrenunciable. La razón moderna, en tal sentido, promovió dicho ideal al estatuto de criterio normativo que regula el necesario pasaje de la infelicidad a la felicidad, tal como puede inferirse de las distintas propuestas filosóficas surgidas en Occidente, en particular a partir del siglo XVII. En efecto, la tradición de la racionalidad filosófico- científica occidental pone sus esperanzas en ciertas formas de humanismo como garantes del orden y el progreso. Formas de humanismo que desde la emergencia de la razón iluminista vienen bregando por la creación de las condiciones que aseguren el surgimiento de una conciencia cada vez más esclarecida del destino humano. Así acontecería, desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, incluyendo, entre otros,

los proyectos emancipadores del marxismo y los que preanuncian el advenimiento del Hombre Nuevo.

Pero el término “malestar” en la obra de Freud, lejos de inscribirse en esa dirección, remite a un modo inherente de habitar, de *encontrarse* en la cultura, irreducible a cualquier tipo de ideal en el sentido anteriormente descrito[i]. Leyendo el texto freudiano, podemos advertir que el malestar resiste a cualquier intento filosófico, político, religioso o de otra especie que procure llevar la existencia del hombre de un estado de infelicidad hacia otro de felicidad preferible y duradero. Idea que es consistente con los desarrollos que Freud estaba produciendo los años anteriores, como *Más allá del principio de placer* (1920), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El yo y el ello* (1923), *inhibición, síntoma y angustia* (1925) y *El porvenir de una ilusión* (1927). Freud sostiene que el irrealizable programa de ser felices es impuesto por el principio de placer. Afirma también que la felicidad es un fenómeno episódico, y que todos los intentos para defenderse contra el sufrimiento son vanos.

Podemos articular esas teorizaciones de Freud con la concepción heideggeriana acerca de la ontología de la existencia. Esa concepción se ubica en una línea de pensamiento que intenta producir una ruptura con la metafísica occidental. El uso de ciertas categorías, sobre todo presentes en *Ser y Tiempo* (1927), permitiría dar cuenta de la particular estructura-estructurante en que se encontraría situada la condición humana. En efecto, en tanto específico modo de “ser-en-el-mundo” el *Dasein* proyecta en la temporalidad su ser posible, pero siempre acotado históricamente: “encontrarse” es siempre en un modo de existencia que no agota todas sus posibilidades. La diferencia entre el fundamento del ser y el ente, pero también entre la existencia concreta y sus posibilidades siempre abiertas de concreción, ponen de manifiesto el carácter finito y negativo de la existencia. Ella está construida desde la culpa y la deuda, y esto es porque ha sido arrojada al mundo, carece de fundamento y no puede rebasar sus circunstancias. Pero la analítica de la existencia no llega a perforar la primacía ontológica de la subjetividad. Es la experiencia inaugurada por el psicoanálisis la que posibilita ese procedimiento.

Ambas cuestiones convergen en la constatación siguiente: el acceso a un ser pleno de goce no es posible para la existencia, y ello constituye un malestar irreducible.

Freud (1930) sostiene:

La palabra “cultura” designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres[iii].

Otra de las afirmaciones que destacamos de Freud dice que la cultura misma, por una parte, genera sufrimiento; pero por otra, provee los recursos para protegernos de aquél.

El mayor obstáculo con el que tropieza la cultura es la pulsión de muerte, que en un sujeto aparece como compulsión de repetición, es decir, decimos nosotros, como sufrimiento que causa satisfacción y goce. Encontramos en este punto el problema de la renuncia pulsional y la función del superyó. La culpa goza de su propio ejercicio, pues se satisface siendo ya más obscena que las propias renunciaciones que genera. Se trata de una forma de goce que es propia

de haber renunciado al goce; la culpa y la deuda se incrementan.

III.

¿Cómo se verifican esas consideraciones teóricas en las contingencias de nuestra actualidad? Tudanca (2012), siguiendo a Levi-Strauss, afirma que la cultura supone diferencias en términos de “variaciones significativas”, y establece una distinción entre cultura y civilización: las culturas resisten con la diferencia y la civilización fuerza lo igual. En tanto impone el consumo a todos por igual, la civilización uniformiza las culturas. La civilización abogaría por la eliminación de las diferencias culturales, sustituyéndolas por la uniformidad de goce. Es en tal efecto uniformizante donde se manifestaría el malestar en la civilización, hoy. Tudanca dice al respecto:

Cualquier mercancía se adquiere por su valor de goce (...) sostenido sobre un trasfondo de pérdida de goce, de insatisfacción[iv].

Se ingresa así a un plus de gozar desregulado, absoluto, que acentúa la función superyoica, en la línea de lo que plantea Freud en *El malestar en la cultura*.

Los síntomas, en tal contexto, constituyen singulares modos de acceder al mundo pero con el atravesamiento de una perspectiva que se ubica como totalizadora, omnipotente e irreducible.

En el marco de la civilización actual se pretende “civilizar” el goce. Pero nos topamos con un imposible freudiano: el intento de educar la pulsión. Sin embargo, el sujeto escindido por el lenguaje requiere, por medio del discurso, hacer lazo con otros.

El discurso capitalista conlleva una ideología de goce: la crisis económica, la pérdida de valores, la caída de los ideales, son manifestaciones de la época asociadas a ello. En tanto el goce significa satisfacción en el displacer, desligado del placer que funciona como límite al goce, como una ley que ordena al sujeto gozar lo menos posible. Al mismo tiempo el sujeto intenta transgredir esa prohibición, yendo más allá del principio de placer. El resultado no es más placer sino más sufrimiento, puesto que el sujeto no puede tolerar sino cierta cantidad de placer, más allá de la cual el placer es doloroso. De ahí que el goce termine siendo sufrimiento, y expresa de ese modo la satisfacción paradójica que el sujeto obtiene mediante sus síntomas. Es por eso también que el goce se relaciona con la pulsión de muerte.

El capitalismo provee objetos, mercancías, *gadgets* que vienen al lugar de la falta, en tanto prolongación de objetos “a” que forman parte del discurso científico; no sólo obturan faltas, también nos relacionan con la tecnología, y vienen al lugar del síntoma.

El objeto de consumo en la civilización capitalista es objeto fetiche del cual el sujeto goza, aunque no puede obtener todo. “Goza del consumo” se convierte en el imperativo kantiano del capitalismo, pero no provee al sujeto de las herramientas para procurarlo, de ahí que el sujeto se angustie.

El capitalismo también educa al consumidor para que elija lo mejor y más caro. La imagen ya no representa al producto, se produce incluso una inversión según la cual la marca es valorada por sí misma: narcisismo de la imagen, exhibición del consumo, voyeurismo del goce del otro.

Hay un mandato superyoico a gozar, como mandato kantiano. Las identificaciones son lábiles, no son sólidas, son parciales, ligadas a procesos efímeros, plurales. No hay garantías ni respuestas definitivas, ni verdad última por encontrar.

En suma, impera el totalitarismo de la individualidad, pero en tanto uniformizada. A cada uno le interesa su propio goce, se trata de vivir lo mejor posible, aislado autoeróticamente, como consecuencia de la declinación de la función paterna y la fragmentación del lazo social.

En la civilización actual se tiende a la conquista de un goce imposible, se trata de ir más allá de toda satisfacción o significación fálica, habida cuenta de los fracasos de los argumentos para sostener ese ideal. La ilusoria búsqueda de la felicidad se convierte en un goce que implica no querer saber nada del lazo con el otro. Por lo tanto, surgen nuevas formas de producción de síntomas, tales como toxicomanías, anorexias, bulimias, depresiones, fobias.

Nos preguntamos al respecto si el sujeto actual tiene otra forma de soportar la carga de la angustia. Como sabemos, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1925) la angustia es de castración. Si el padre ahora no está, entonces la angustia actual no pasaría por el otro, el padre. El retorno de lo reprimido ya no se produce por el fracaso de la represión, y ahora el síntoma responde al desarreglo del goce.

Como complemento a la lectura del texto freudiano, recurrimos a Foucault (2010), quien muestra cómo proceden sobre el control de los cuerpos las sociedades actuales, que no operan solamente por la conciencia o la ideología, sino que ejercen una acción directa sobre lo biológico, lo somático. Se trata de la biopolítica, donde la medicina tiene un lugar preponderante. Desde mediados del siglo XIX a la actualidad la medicalización ha ganado terreno al punto que hoy regula las distintas prácticas en tal sentido. Hay un disciplinamiento de los cuerpos dentro de las formas de la medicalización de la vida, por lo tanto la regulación, estandarización de las normas humanas y del saber clínico. El poder administra la vida, la población, la salud, los nacimientos. La vida ingresa de ese modo al campo de la tecnología política a través de controles reguladores biopolíticos. El Estado moderno establece mecanismos de prevención, pero por más que pretende regular todo, no puede contar con un dispositivo eficaz de control. En tal sentido, desde el psicoanálisis podemos decir que en la civilización actual, vivir bajo tales controles supone formas de malestar específicas de la época.

IV.

Por todo ello afirmamos que en la civilización de nuestros días las modalidades de goce sobredimensionan el propio cuerpo como objeto de valor; o el goce aparece bajo las formas de búsqueda de satisfacción inmediata en relación a objetos de consumo que prometen satisfacernos, quedando la relación con los otros mediada por ellos. La economía del goce queda regulada en la medida que se produce la descarga a nivel del cuerpo con escasa o muy poca posibilidad de simbolización o mediación por la palabra, al punto que en el contexto de la civilización, hoy, nuestra cultura se ha quedado sin palabras.

Tal contingencia pone en relieve el malestar como causa inherente a la existencia. Por lo que puntualizamos el desafío del psicoanálisis de sostener la dimensión fundante de la imposibilidad, poniendo en juego la lógica del “no todo” para hacer lugar al advenimiento del

sujeto en tales condiciones uniformizantes.

Por último, señalamos que quizá un modo de acotar el goce radique en la posibilidad de hacer lazo social; en tanto modo ético de acción, consistente en la producción de diferencia para hacerle lugar a lo ajeno:

La producción de diferencias se realiza en la pluralidad, y es allí donde se da la posibilidad de ser único y diferente entre iguales[v].

Notas

[i] Boso, J. F. y Ramírez, C. P. (2010) “El malestar en la cultura: una lectura culturalmente situada”. En: *Actas del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Bs As: UBA.

[ii] Idem.

[iii] Freud, S. (1930) “El malestar en la cultura”. En: *Obras completas*, XXI. Bs As: Amorrortu, 1990, p. 88.

[iv] Tudanca, L. (2012) *Una política del síntoma*. Bs As, Grama, p. 23.

[v] Berenstein, I. (2004) *Devenir otro con otro(s)*. Bs As, Paidós, p.32.

Bibliografía

Aleman, J. y Larriera, S. (2007) *Ex - sistencia y sujeto*. Bs As: Grama.

Berenstein, I. (2004) *Devenir otro con otro(s)*. Bs As: Paidós.

Foucault, M. (2002) *Hermenéutica del sujeto*. Bs As: FCE.

Freud, S. (1920) “Más allá del principio de placer”. En *Obras completas*, XVIII. Bs As: Amorrortu, 1988.

Freud, S. (1927) “El porvenir de una ilusión”. En *Obras completas*, XXI. Bs As: Amorrortu, 1988.

Freud, S. (1930) “El malestar en la cultura”. En *Obras completas*, XXI. Bs As: Amorrortu, 1988.

Heidegger, M. (1927) *Ser y tiempo*. Bs As: FCE, 1990.

Tudanca, L. (2012) *Una política del síntoma*. Bs As: Grama.